III Época La Plata, Abril de 1930 Num. 204

Correspondencia a:
DOMINGO DE AGOSTINO
CALLE 51 Nº 837

IDEAS

La fuerza ha hecho los primeros esclavos; su cobardía los ha perpetuado. R.

—La Libertad de Radovitzky—

LA INIQUIDAD SOCIAL -- VIOLENCIA Y JUSTICIA

Una oleada de júbilo, una corriente de íntimas satisfacción se ha expandido de todos los corazones capaces de sentir la justicia, de compenetrarse con el sufrimiento ajeno, de albergar sentimientos de fraternidad: Simón Radovitsky, el hombre que cargó sobre sí la tremenda responsabilidad de denunciar con decisivo gesto la brutal injusticia que pesa sobre los desheredados; el adolescente que al ejecutar al coronel Falcón quiso patentizar la protesta popular contra el cobarde crimen que aquél, instrumento de la burguesía, cometiera contra los trabajadores indefensos que proclamaban sus reivindicaciones y esperanzas; Radovitsky, cuyo sacrificio encontró un eco de simpatía en los oprimidos, jamás extinguido en los largos años de martirio, ha sido por fin puesto fuera del horrible presidio de Ushuaia.

Hay en verdad motivo de regocijo. Pero creemos también oportuno reflexionar un poco sobre este hecho, cuyo valor está en la relación con el conjunto de la lucha social y con el magno problema de la justicia, que para nosotros está muy lejos de consistir en el bárbaro castigo de las cárceles, ni tampoco en la desesperada venganza que surge de abajo, esporádicamente, como reacción lógica ante la aplastante injusticia de los de arriba.

El choque de Falcón-Radovitsky es un símbolo de la gran lucha entre opresores y oprimidos. El primero, investido de autoridad estatal, soberbio en su papel de defensor del "orden" burgués, manda hacer fuego contra la masa proletaria congregada para protestar contra la explotación de que es víctima por parte de aquella clase que ha entregado a Falcón la misión de velar por su tranquilidad y por sus privilegios contra todos los que se atrevan a negarlos.

Falcón obró, pues, "en uso de sus atribuciones". He aquí uno de los aspectos de la gran tragedia del pueblo. Sometidos a una condición de esclavitud, obligado a crear riqueza sin cesar, careciendo del derecho de disponer de ella, ni aún de disponer de sí mismo, el hombre del pueblo se encuentra en situación de perpetuo ofendido, humillado y despojado. Mas, apenas intenta condenar virilmente todo eso afirmando su deseo de liberación, se vuelven contra él las armas elaboradas por hermanos suyos y manejadas por otros parias, que en su trágica inconciencia defienden la usurpación de que son a su vez víctimas, a costa de la sangre de quienes anhelan una vida mejor para todos.

En el atropello de la plaza Lorea el 1.º de Mayo de 1909, Falcón fué instrumento de la burguesía; fué también un símbolo de la violencia autoritaria, amparado por los poderes del Estado, seguro de su impunidad, sabiéndose acreedor a recompensas y distinciones por parte de sus amos. Podía ostentar su cinismo homicida con toda tranquilidad.

¿Y Radovitsky? Era un hijo de esa misma masa escarnecida y baleada. Era, además, un joven idealista; había abrazado un ideal de armonía y fraternidad; imaginaba un mundo donde no habría miseria ni explotación, ni seres humanos que empuñaran armas homicidas contra sus semejantes. La inicua brutalidad lo hirió en lo más vivo, como proletario, como soñador, como joven de sensibilidad fraternal. Su profunda indignación, la de millares de obreros pisoteados, hubo de manifestarse en alguna forma, hubo de condensarse en un grito de protesta desesperada, para que los más indiferentes y apáticos supieran que una gran infamia se había cometido, como coronamiento de la serie infinita que caracterizan la sociedad burguesa.

Esto fué, y no otra cosa, la bomba que destrozó a Falcón. Grito de indignación y de protesta desesperada, movimiento reflejo producido por la violencia oficial, voz de alarma contra los graves peligros del sistema de reprimir las ideas con plomo.

¿Y la justicia? La justicia es algo más que la supresión de un verdugo, mísero instrumento de la iniquidad imperante. La justicia sería el respeto a todos los humanos, la posibilidad para cada uno de disponer de su vida, la convivencia sin humillación ni despojo para nadie. Hasta tanto tal cosa no sea realidad; mientras haya poderes armados que obliguen a los hombres a vivir bajo un yugo, habrá desmanes sangrientos provocados por los poderosos, y la consiguiente reacción colérica de los oprimidos, lo que en ciertas circunstancias resulta la única manifestación posible del anhelo justiciero.

Así, pues, si se quieren evitar esos choques; si se desea impedir que hombres jóvenes y buenos deban recurrir a la violencia desesperada para proclamar sus sentimientos solidario, es preciso trabajar por la supresión de la infamia cotidiana, por la superación de las actuales instituciones tiránicas que dividen a la sociedad en clases enemigas, y hacen de la violencia un método permanente.

De más está decir que la pena impuesta a Radovitsky no fué si no venganza de clase, tortura refinada ejecutada por torpes carceleros, representantes dignos de la llamada justicia codificada. Si ahora, después de veinte años de castigos, abandonan la presa, cediendo al clamor persistente de los diversos sectores populares, no hay, por cierto, motivo de agradecimiento, y es un verdadero sarcasmo hablar de "clemencia" cuando después de todo se le condena al destierro, con probabilidad que no encuentre en el mundo un trozo de tierra donde apoyar sus plantas.

Deduzcamos la enseñanza que el caso Radovitsky nos suministra, y si queremos expresar nuestra solidaridad con el valiente mártir, luchemos para que desaparezca la injusticia entronizada, sin olvidar que en las cárceles yacen muchas otras víctimas que es preciso rescatar.

La experiencia democrática

Observando el proceso de desplazamiento en el poder de los diversos partidos políticos, en los países donde rigen las formas democráticas, es facil de constatar que el reemplazo de un grupo gobernante por otro se debe principalmente a la decepción producida en la masa electora respeto a aquel que durante un cierto tiempo ha manejado el gobierno.

El juego es bien sencillo: la mayoría ciudadana confia en el grupo A la misión de velar por sus asuntos, de cuidar de la prosperidad general, de la educación, de la higiene, la seguridad y demás funciones las cuales dicha mayoría se supone incapaz de atender directamente. Eso implica la teoría de delegación de poderes. Luego resulta que ese grupo, elevado al poder, no ha cumplido lo que antes prometiera a lo que sus comitentes esperaban de él. Se sabe que los políticos no son parcos en promesas ni muy concretos en cuanto al alcance de ellas. La masa electora, sin contar los aspirantes al presupuesto, quiere simplemente que todo vaya bien: abundancia de trabajo, altos salarios, vida barata, buenos negocios, una serie de cosas más que están tanto en manos del gobierno como hacer que llueva o que deje de llover.

Se comprueba pues, al cabo de un tiempo que el gobierno del grupo A no ha conseguido nada de eso, y sin acordarse de sus "compromisos con el pueblo", solo se afana por mantenerse arriba y de favorecer a sus allegados. Los asuntos públicos siguen como antes o peor.

Entonces la mayoría ciudadana reacciona y delega en el grupo B la misión de gobernar y de remediar todos los males. Sabe acaso si este grupo es más capaz o más honrado que el otro? Le basta haber comprobado la ineptitud de aquel para suponer que el segundo es bueno o tiene la esperanza que así sea.

La experiencia se repite con el mismo resultado. El gobierno de B no ha remediado nada. Hay crisis, desocupación, carestía; los impuestos aumentan, el bienestar medio disminuye, los gobernantes charlan y politiquean. Los ciudadanos vuelven a sentirse defraudados. Su decepción es aprovechada por los políticos opositores para ponderar sus buenas intenciones y sus geniales planes para resolver su situación, pidiendo solo la oportunidad de demostrarlo, esto es la elevación al mando. Otra vez la masa electoral se deja convencer; retira su voto al partido B y se lo entrega al partido opositor que ha sabido mejor impresionarla, el que más explotó los errores del gobierno o que más dinero invirtió en propaganda, siempre chillona y demagógica. Frecuentemente es el mismo partido que antes fuera desalojado ante la evidencia de su ineptitud, quien vuelve a cotizarse fuerte en el mercado electoral y se encarama de nuevo en el sitial gubernativo Su único título para eso consiste en que su sucesor ha aumentado aun el desbarajuste de los negocios públicos.

En resumen, el poder de A a B, de B a C o a X o torna de nuevo al primero generalmente por factores negativos. La decepción causada por un gobierno significa el mayor capital político para su reemplazante. Así continúa girando la rueda, se reproducen las combinaciones electorales, iguales o equivalentes; la gran masa ciudadana cumple religiosamente con sus "deberes cívicos" y las cosas no cambian sino para empeorar dentro del viejo marco autoritario, burocrático, viciado por las taras de la decadencia.

El proceso se manifiesta tanto en los países más adelantados, las cunas de la democracia como Inglaterra y Francia como en las precarias repúblicas sudamericanas con la agravante de que aquí es mayor el cinismo, la influencia personal de los caudillos más visible, la vacuidad de los programas más chillona.

Inglaterra, por ser el modelo de los apologistas de la democracia ofrece un interesante ejemplo de lo que decimos. Desde el fin de la guerra gobernaron allí sucesivamente liberales, conservadores, laboristas.

Luego vuelta los conservadores y otra vez los laboristas que ahora rigen el gran Imperio haciendo pruebas de equilibrio para no caer. La caida de los diversos gabinetes fue motivada por su incapacidad de resolver los graves problemas que mantienen en estado critico aquella gran potencia, problemas inherentes al sistema capitalista, cuya solución está fuera del alcance de cualquier gobierno. Sin embargo el pueblo inglés creyente en la eficacia de sus representantes, los va turnando en el poder, no obstante la experiencia sufrida en su propia carne. Un día sube Baldvvin porque fracasó Lloyd George, otro se sombra a Mac Donal porque fracasó Baldvvin. Y así sucesivamente. Lo mismo sucede, con algunas variantes, en los demás países llamados democráticos.

Hasta cuando durará ese yugo estéril? Es evidente que su desprestigio crece y la gente se irá cansando de él. Desgraciadamente el remedio que en algunas partes se ha buscado, es peor que la enfermedad: la Dictadura, es decir la vuelta al despotismo crudo, desenfrenado, de un individuo o de una camarilla. Recurso de desesperación, debilidad y pesimismo.

Posiblemente habrá aun de realizar el pueblo una cantidad de experiencias dolorosas, antes que la decepción total de todos los gobiernos, demócraticos o dictatoriales, le enseñe a cambiar de método y buscar en sí mismo, en el desarrollo de su capacidad constructiva, en la acción directa y el mutuo acuerdo, una salida del pantano al que la política lo ha llevado.

No hay que desesperar. Durante muchos siglos los hombres pretendían «combatir» las enfermedades más terribles mediante conjuros, plegarias, procesiones, etc.. Sin duda que esperar resolver los problemas sociales echando un papel en una urna, constituye un procedimiento de análoga eficacia, pero asi como se disipó aquella superstición, se disipará también esta otra, a medida que nuevas ideas de sociabilidad arraiguen en los individuos. Es cuestión de propender a que tales las ideas se propaguen y penetren cada vez más.

J. P.

Filiación del anarquismo

Es dificil definir el origen histórico del movimiento anarquista. Fué sin duda anarquista el primer hombre que reaccionó concientemente contra la opresión de un individuo o de una colectividad. La leyenda y la historia citan nombres de anarquistas: Prometeo,, Sócrates, Epicteto, Diógenes Jesús mismo, pueden ser considerados de diferentes puntos de vista, como tipos de anarquista antiguos. Algunas sectas derivando del cristianismo primitivo representaban tendencia anarquistas, relativamente a la época.

La iniciación filosófica del movimiento anarquista actual puede remontarse al Renacimiento o más exactamente a la Reforma, la cual, sembrando en los espíritus ideas de libre exámen y de libre investigación en materia bíblica, sobrepasó el objeto de sus iniciadores, llegando a la difusión del espíritu crítico en todos terrenos, al librepensamiento que en vez de desarrollarse, de encarar la crítica racional de las instituciones y de las convenciones humanas se ha limitado a la disección de las fábulas pueriles sobre las cuales los creyentes religiosos edifican su fé.

Sobrevino luego el anarquismo continuando y completando la obra del libre pensamiento, sometiendo al análisis individual leyes y codigos, sistemas de moral y programas de enseñanza, condiciones económicas y relaciones sociales de toda especie;

Momentos de Guerra

De todas las calamidades que sufre el pueblo debido a la injusta organización social, la guerra es la más espantosa.

Arranca del hogar a los hombres, les arrebata de los seres queridos y a quienes ha de mantener para someterlos a una disciplina bárbara, a todo género de penurias y humillaciones y arrojarlos finalmente en una matanza bestial contra otros hombres que igual que ellos han dejado padres, hermanos, novias, que igual que ellos abandonaron el campo, la fábrica, el taller o la oficina, lugares de trabajo fecundo aunque excesivo y mal remunerado, contra hombres a quienes no conocen, que no les han hecho ningun mal y que igual que ellos, de buena gana se hubieran quedado en sus casas dedicados al trabajo pacífico

¿No es esto un absurdo fenomenal?

Los jefes de gobierno, los funcionarios, los diplomáticos, los agentes capitalistas, los periodistas vendidos, toda esa gente que nada arriesga en la guerra y saca ganancias y distinciones es la que provoca los conflictos, la que habla de patria, de honor nacional, de deber sagrado y otras mentiras de que ellos son los primeros en reirse.

Para ellos la guerra es un negocio o un juego en que se expone la vida de los proletarios, los cuales siempre pierden cualquiera que sea el resultado de las batallas. Son los pobres, los trabajadores los que forman el grueso de los ejércitos. De ellos, parte deja los huesos blanqueando en la llanura, parte vuelve mutilada a mendigar un mendrugo y los que quedan sanos tendrán que trabajar y sufrir más privaciones, pues habran de pagar con su labor los enormes gastos que la guerra había ocasionado.

¿Qué importa si los gobernantes de tal o cual país han anexado un trozo de territorio vecino o los capitalistas tendrán un nuevo mercado? Será por eso menor la miseria y el dolor del pueblo?

Trabajadores. El peligro de guerra está siempre pendiente entre Paraguay y Bolivia. No la quieren los pueblos de ambos países, sino los gobernantes, los militares, los especuladores y proveedores de armamentos. Uno y otro país están empeñados al capital extrangero.

Tanto en Bolivia como en Paraguay es el oro norteamericano el verdadero soberano. Los emprestitos hechos a los gobiernos estan garantizados por las riquezas nacionales, de modo que todo lo más valioso que hay en ambos países pertenece a los prestamistas yanquis. Los gobernantes que tanto hablan de patriotismo no son más que dóciles muñecos de aquellos usureros. Como a estos conviene extender sus operaciones colocan nuevos emprestitos para convertirlos en material de guerra. Los tiranos que oprimen a estos pueblos les hacen el juego con la complicidad de periodistas y otros profesionales de la mentira.

Nada más que a eso se deben las alarmas, las provocaciones y perspectivas bélicas. Un bando se echa la culpa a otro cuando en verdad los dos son igualmente culpables conspirando al mismo tiempo contra la salud y la vida de millones de personas.

¿Qué importa un fortin más o un fortin menos, o aunque sea muchas leguas de campo, del que los pobres no gozan nada, qué importa todo eso frente a las preciosas vidas que se quiere sacrificar?

Dos veces estuvo a punto de estallar la catástrofe y dos veces se dió máquina atrás. Pero el peligro subsiste.

No hay que fiar en los simulacros diplomáticos, en las hipócritas intervenciones pacifistas. Entre tanto ambos gobiernos se arman rabiosamente y la empresa homicida se prepara sin escrúpulos.

¿Cómo impedir el gran crimen?

Hay un solo remedio; que los trabajadores, que todos los hombres honestos se nieguen a tomar las armas para matar a sus hermanos. Que los soldados deserten de los cuarteles y dejen que los jefes peleen si quieren, entre ellos. Es preciso hacer comprender a los gobiernos que los pueblos no quieren luchas de asesinos. Cuando vean que las filas se sublevan se cuidarán mucho de provocar la guerra.

Y en último caso es preferible la revuelta contra los jefes antes que la masacre en los campos de batalla.

---

la anarquía vino a ser la manifestación de oposición mas peligrosa que hayan jamás encontrado las tiranías gubernamentales.

E. Armand

PAZ!

¡Si, queremos paz! Pero la paz que resulta naturalmente, sin forzamientos de la buena voluntad de todos los seres humanos, de producir según sus fuerzas y aptitudes y de consumir según sus necesidades; la paz que nace del mutuo respeto; la paz fundada en la igualdad.

Esa paz natural es la que deseamos no la paz; artificial mantenida a punta de bayoneta

R. Flores MAGON

A medias

Francisco Martinez

HAY muchas formas de amar el progreso y bregar por él; se puede ser apasionado o tibio, vidente o retardado.

Indudablemente que nosotros somos de los primeros: somos acabadamente enamorados, descontentos en grado superlativo; hombres de una sola pieza. A la sola presencia del mal, nos ponemos en guardia contra el malón social. El ver como la autoridad tiene a la humanidad postrada en el lecho del dolor, haciéndole sufrir y llorar, nos convierte en caballeros del ideal, en quijotes de la libertad; y aqui estamos, testarudos y fieros, guerreando sin dar ni pedir cuartel.

Quiere decir, que no somos hombres a medias, almas híbridas, caracteres destemplados, claro-oscuros del ideal, sino seres pletóricos de idealidad con infinitas y eternas vibraciones de libertad. Pero hay ciertos hombres en nuestro medio, que rompen lanzas por el progreso a medias al cual denominan «izquierdismo».

Los izquierdistas, desechan los extremos como todo hombre cauto y avezado y se quedan en el centro; y esto,es muy cuerdo, exento de toda simplicidad y muy científico. En los extremos está lo absoluto, y es de anticuados y de orejas largas situarse en lo absoluto en este einsteniano siglo.

Además, la sociedad no es un producto tan simple como los anarquistas nos imaginamos. ¿Qué es eso de pedir libertad y más libertad y de yapa para todos, sin tener en cuenta para nada el darvvinismo social y sin estudiar freudianamente a los seres humanos? Y antes de nada ¿por qué no aclarar bien de una vez por todas si la naturaleza da saltos o no?

No, no; estamos ayunos de ciencia; y a fuer de ignorantes somos enteramente apasionados y locos: de ser más sabios, mesurados y estudiosos, ha tiempo que hubiéramos llegado a comprender que la razón positivista filosófica, científica e histórica, no está en los saltos revolucionarios sino en el paso corto; y que el problema social, no es un problema de integral libertad sino de "conserve su izquierda".

Los izquierdistas, "sin arresto de héroe", realizan su labor; dan su juiciosa y serena opinión sobre todos los graves pro-

blemas de la hora actual; pontifican desde la cátedra de su suficiencia sobre la vida institucional del país y los derechos ciudadanos de las osamentas proletarias que padecen las calamidades provenientes de un gobierno compuesto de hombres malos e ineptos, en un país como éste, donde hay probos honrados e inteligentes ciudadanos que con mano hábil y corazón patricio podrian dirigir a buen seguro puerto la destartalada nave del Estado.

En esta, también consecuentes con su teoría de la relatividad hablan de buenos y malos gobiernos; ven el mal en la actividad de la derecha y tratan de suplantarla con la de la izquierda; medieros en la tarea de gobernar, huyen de los extremos, en uno de los cuales está la cínica ostensible y abierta autoridad y la libertad completa en el otro. Y ellos son personajes de acomodo: forcejean a medias y tras del esfuerzo se tumban a descanzar en los colchones de la "nueva sensibilidad" reclinando en almohadas griegas sus geniales y cansadas cabezas.

Mientras tanto, nosotros, eternos impenitentes sin cosquilleos democráticos ni peyos de sabiduría, mezclados entre la chusma, descendiente de aquella otra desarrapada que acompañó al rabí de Galilea, continuamos batallando contra toda autoridad: la de la derecha y la de la izquierda.

El ensayo de lo nuevo

SUPONEMOS que no puede haber actualmente una persona dotada de regular sensibilidad y capacidad de reflexión, que deje de reconocer las fallas y vicios tocantes en lo monstruoso que afectan de tal modo el organismo social la vida colectiva, que nadie o casi nadie pueda sustraerse a sus lamentables consecuencias ni aún en los aspectos íntimos de la existencia individual.

Los contrastes entre la extrema opulencia y la miseria extrema, cada vez más agudos a medida que el progreso mecánico acrecienta el poder de elaborar riqueza reduciendo al empleo del músculo, lo que practicamente equivale a colocar fuera de la sociedad a millones de seres humanos; la corrupción evidente de las instituciones políticas, democráticas como dictatoriales, una como otras al servicio de camarillas financieras que controlan las actividades mundiales por encima de las artificiosas fronteras, mantenidas para provocar vanas discordias entre los pueblos; la insensata competencia armamentista de los gobiernos, cuya fruto lógico han de ser nuevas hecatombes para beneficio de los referidos dueños de la finanza mundial; la hipocresía repugnante de la moral oficial que condena las manifestaciones mas puras y legítimas del sentimiento mientras consagra y otorga patente de honorabilidad a la infamia escudada tras normas convencionales, moral prostituída, indulgente y benévola con los bandoleros enriquecidos, severa y rígida solamente con los pobres y los débiles; todo eso que constituye el cuadro general de la civilización actual, mil veces denunciado por hombres sinceros y clarovidentes, no puede menos que provocar el repudio, expresado o no de todo individuo normal, si bien muchos lo callan por temor u otros motivos que no son del caso considerar.

El hecho es que no cabe negar la existencia de los males sociales y la necesidad vital de subsanarlos. Donde comienzan las divergencias, profundas, irreductibles, excluyentes a menudo, es cuando se trata de fijar o adoptar el procedimiento más adecuado para ese fin.

¿Es un problema soluble con algunas reformas en la estructura social, con el cambio de algunas piezas en el mecanismo político, económico, cultural? Estará el remedio en el progreso mismo de las ciencias, en la aplicación de las modernas corrientes educacionales? O bien solo será posible curar la sociedad de sus males mediante la transformación radical de las normas de convivencia, esto es, mediante una revolución social producida por la inrurrección social de las masas oprimidas? Y aceptando este punto de vista, habrá de orientarse ese movimiento en un sentido de espontaneidad popular, manifestación libre de energías latentes, o por el contrario habrá de ser regido por grupos dirigentes que indicarán a la masa como y cuando debe proceder?

A cada una de estas cuestiones o alternativas puede contestarse de diversas formas y cada una de ellas sería susceptible de interpretaciones varias. Como opinión o doctrina, todas las soluciones propuestas son igualmente legítimas, es decir, tienen idéntico derecho de ser manifestadas y propagadas. Es el derecho elemental de emitir el pensamiento. Tratandose de ideas de aplicación social, su mayor o menor validez, su eficacia como solución de los problemas planteados. Se requiere pues poner en práctica, experimentar los diversos métodos para poder juzgar de su valor o su nulidad.

Hasta ahora tal experiencia, libremente realizada, na ha podido hacerse. De una manera o de otra, invocando toda especie de "soberanías", ya en nombre de Dios, del Estado, del pueblo, y actualmente en Rusia en nombre del proletariado, se obliga a todos a vivir de acuerdo con determinadas normas, y si bien algunas veces individuos aislados logran sustraerse de ellas en cierta medida, resulta prácticamente imposible ensayar otras formas de convivencia que las establecidas en escala suficiente como para poder determinar su valer aplicado al conjunto de la sociedad. En primer lugar, porque los medios materiales indispensables son monopolio de reducidas minorías, y luego, porque el Estado fuerza organizada al servicio de esas minorias, por su propia naturaleza, tiende a impedir toda actividad social que se proponga desconocerlo, sobre todo, si tal actividad implica negación del privilegio de dichas minorías.

Es así que la esencial reivindicación que los anarquistas plantean, lo que los distingue de las demás corrientes sociales, es el derecho para todo individuo o asociación de vivir de acuerdo a sus ideas, de experimentar sus planes y métodos para que los hombres puedan libremente y a conciencia, elegir lo más apropiado a su vida, sin que nadie sea violentado a adherirse a un modo de relación que le repugne.

Respecto a la solución de los males a que nos hemos referido, nuestro punto de vista ibertario, niega la eficacia de las pequeñas reformas legales que no alteran en el fondo el sistema vigente de explotación y tiranía, elcual continúa produciendo aquellos desdichados frutos.

Rechaza también el concepto autoritario de la Revolución que consiste en asignar a algunos individuos el poder de reconstruir la sociedad fijando las obligaciones de cada uno, lo que reproduce bajo nuevas formas los males que antes existían, debidos precisamente al monopolio de la autoridad y de la riqueza.

Niega y rechaza esos procedimientos porque despues de haber sido ampliamente practicados en el pasado y en el presente, despues de haberse efectuado una cantidad de reformas y de revoluciones encuadradas en el marco de la autoridad, se ha comprobado su impotencia para resolver los grandes problemas sociales, que hoy resaltan con singular agudeza.

Proponemos pues una nueva experiencia, algo que la humanidad no ha probado aun: la asociación sin autoridad, sin sanción punitiva; la posibilidad para todos y para cada uno de disponer de los medios de producción y de satisfacer sus necesidades sin rendir vasallaje a ningún otro individuo o entidad.

Supone esto la revolución más fundamental que se haya encarado, para la cual se requiere un profundo

PASIONES y RAZONES

NUESTRAS ideas como nuestros hechos, en el campo social e individual, tienden siempre a crear unidades independientes, tales que al asociarse, formen un conglomerado que mantenga su cohesión por esa independencia, que las caracteriza, es decir por su libre acuerdo.

De aquí nace enseguida la necesidad de cultivar (en lo cual está incluida la auto-cultivación) en cada persona todos los factores que puedan mantenerla en condiciones de máxima reflexión y razonamiento, tanto en la soledad como en la sociedad; no implica que se comporte igual en ambos estados, sino que tienda a permanecer constante racionalmente, ante una multitud como ante sí mismo.

Actualmente hay poca posibilidad de reconocer moralmente a un hombre mediocre, conocido a solas y observado luego entre muchos congéneres; la influencia de las vidas que palpitan a su lado, las manifestaciones exteriores y las pasiones de las mismas y que arrasan con toda la razón (capaz de dar un equilibrio más o menos estable ante ciertos hechos), lo incluyen en el sumando de un carácter-resultante entre cuyos componentes hay bien pocos que hayan trazado su trayectoria impulsados por la reflexión.

La pasión que despierta, entonces y casi siempre, en cada hombre (negativo así de su capacidad pensante) puede llevarlo a cometer actos bárbaros como actos humanos en bien de sus semejantes. Los primeros son los más frecuentes y los más intensos; podría demostrarse que un elevado por ciento de los actos que juzgamos malos son realizados por pasiones o fanatismos que nos inhiben (por su misma naturaleza) de la más noble cualidad, la crítica racional. Pensad que nunca un hombre mataría a su semejante, si pudieran ambos dirigir sus actos por la razón, fecunda en conciliaciones y enemiga de la violencia; qué hombre mataría a su mujer o la maltrataría por razón de celos, si pudiera razonar llegando a la conclusión de que ella es libre de amar a otro o amarlos a los dos? En fin, podemos observar actos vandálicos originados por pasiones, cada vez que mezclamos nuestras vidas con la de otros o analizamos la propia.

Quería mostrar y me desvié del tema, que la irreflexión aumenta con el número de apasionados. En efecto, hablad con un fanático de un partido religioso, político, deportivo, etc., a solas: podréis tal vez exponerle vuestras ideas sin temor a que os responda a gritos o a que os ataque a golpes y os dirá en una forma absoluta lo que cree, agregando algunos adjetivos que a él le cuadran, como "envenenado", violento, decadente, etc. ¡Habéis tenido la rara desgracia de ser el espejo de una cosa tan desagradable y molesta al progreso de la humanidad, como lo es un hombre que no razona! Encontrad ahora a esa persona entre una masa y veréis que su comportamiento es mucho menos racional que a solas; el animal pensante se transforma en una fiera agresiva, irresponsable, en la que se han sumado los por cientos de animalidad de los semejantes que lo rodean (a los cuales en mayor o menor grado les sucede lo mismo). ¡Probad poneros el sombrero o sentaros, delante de una cantidad de "creyentes", cuando se toca o se canta el ¡libertad! de la misa nacional! Sucedieron también estos vandalismos en nombre de dos personas que defendían el ideal de la tolerancia (el anarquismo); hablo de Sacco y Vanzetti en homenaje de los cuales, obligados por la iniciativa de algún farabute de vieja mentalidad, seguido por gran parte del pueblo, tuvimos muchas veces que sacarnos los sombreros. Será este un ejemplo que ha sucedido no muchas veces, pero que muestra cola pasión multiplicada por la cantidad, lleva a cabo hechos que perjudican.

Dijimos que también se cometen actos en favor del progreso y del bienestar (actos buenos), por la pasion. Generalmente cuando un pueblo se levanta exigiendo mejoras, el sentido de su acción está en mucho, determinado por la pasión. Posiblemente no podría existir sin ese sentido, que lleva muchas veces a la destrucción una finalidad útil. Asi cuando una masa se revoluciona por derribar a un tirano y no piensa en sus hechos, sino que sigue su apasionamiento, fácilmente es enredada por políticos oportunistas y llevada a su situación primera. Si cada componente de esa masa, con la razón, que puede ser su mejor arma, derivara de la experiencia de muchos siglos la necesidad de cambiar la forma de organización, que ha sido siempre tiránica siendo siempre gubernamental, podría guiar su revolución en el camino que la haría social y anarquista. Pero asi somos; tenemos muchas experiencias y muchos conceptos particulares, aislados, sobre el fracaso de la sociedad basada en la capacidad de los votos o en la de un hombre, pero somos incapaces de generalizarlos y llegar a la conclusión, probablemente salvadora, de construir a esa sociedad por la franca actividad de cada uno, sin control ni administración que lo parasite.

Volviendo al tema queremos decir todavía que si bien la pasión puede ocasionar actos buenos y que sin ella nuestra razón no podría existir, debemos tratar de extirparla una vez que ha hecho su función, que es la del impulso, pues no es capaz de utilizar nuestra facultad más específica: la de pensar. Aunque a veces el resultado obtenido por vía racional es igual al obtenido por vía pasional, conviene utilizar la primera, pues es la que nos va a hacer seguir métodos más convenientes, más bellos y por la que podremos suprimir del campo humano a lo más inhumano: la violencia.

Como anarquistas debemos ser razonadores más que apasionados. Nuestro ideal es sobre todo racional pues se funda en la capacidad de comprensión de los hombres y para comprender hay que saber reflexionar.

Hay necesidad de pasión como estímulo continuo de un trabajo cuando no hay una convicción de la necesidad inmediata de la realización del mismo; pero cuando nos hemos convencido, por ej., de que como consumidores en todo sentido, de lo que tiene la humanidad, debemos ser contribuyentes a ese caudal, habremos desalojado las pasiones del trabajo, de la cultura etc. por una elaboración lógica que nos evitará en lo posible seguir caminos erróneos. Podremos analizar nuestras actos antes de hacerlos y por lo tanto juzgarlos, anticiparnos a los fracasos y a las desilusiones; podremos cambiar de ruta si se nos demuestra sus desventajas, sin amargarnos por tener que abandonar lo ya adquirido; en fin, llegar a un estado en que solamente nuestro razonamiento nos decida, siempre con ventaja, a acercarnos más a nuestra verdad, a la verdad en que podamos adaptar al mundo lo mejor posible a nuestra conciencia.

Sería necesario entonces, saber conservarnos íntegros, escudados por la razón, por más que haya hechos y factores que quieran redondearnos, sacarnos nuestras aristas que cada vez son más agudas y sutiles, borrarnos así de los que pueden hacer adelantar al hombre. Habiendo individuos que sean racionales, francos y sociables, podrían juntarse sin anularse mutuamente.

GRIN

---

cambio en la mentalidad de los hombres, cosa más ardua que un cambio exterior de instituciones; pero creemos que ante el fracaso de los viejos métodos han de esforzarse por ensayar este nuevo, a menos que prefieran hundirse en el pantano de infamias en que estamos chapaleando.

Entretanto reclamamos el derecho de vivir a nuestro modo, desconociendo leyes y costumbres sancionadas por la fuerza y la rutina.

Anyone

— Consecuencia de la iniquidad moral —

**Aniquilamiento completo del individuo y de la colectividad. — Opresión dolorosa
Guerra inicua a las pasiones — Causas de esa guerra. —
Sufrimiento universal**

Por SEBASTIAN FAURE

Vemos que, nuestra organización económica y política, nuestras instituciones morales, por trabajo incesante de opresión lenta y dolorosa, llegan al completo aniquilamiento del individuo y de la colectividad. Desde la más tierna infancia sometida a las influencias combinadas de la legislación. de idea religiosa, de la familia y de la opinión pública, la personalidad humana se despoja poco a poco de sus más notables atributos; se opera gradualmente una mutilación espantosa.

Tropezando sin cesar con reglamentaciones de toda clase, la naturaleza lastimada cae en un desfallecimiento progresivo, y las pasiones contrariadas pierden ese fuego, único que engendra las cosas sublimes, esa espontaneidad que unicamente comunican el ardor y la constancia. Los prejuicios más estúpidos dan formidable asalto al pensamiento, y, mal defendido, el pensamiento sucumbe. "Cuando los hombres, dice Hobbes, han asentido una vez a opiniones falsas y las han registrado en su mente, es tan imposible hablarles de un modo inteligible, como escribir de modo que se lea en un papel lleno ya de revueltas líneas". Parece que nuestros moralistas con patente se hayan impuesto la tarea de no dejar un solo instante al individuo hacer lo que le plazca, ceder a las solicitudes de sus apetitos naturales, a los llamamientos de sus necesidades. Que se examine cada cual y eche en torno suyo la mirada, verá que por la contrariedad que sufre su elección de carrera y el profundo desprecio que reina hacia el dicernimiento de las aptitudes y predisposiciones, nadie, o muy pocos, se encuentran en el puesto que naturalmente debían ocupar.

La moral entera — la ciencia del bien y del mal, de lo bueno y lo malo, de lo útil y de lo perjudicial, de la felicidad y la desgracia — se condensa en una serie terriblemente larga de cargas, obligaciones, de mandatos y prohibiciones, que constantemente contrarían las pasiones, hasta q' a la larga quedan suprimidas en más o en menos. "Destruid en un hombre la pasión que le anima; en el mismo instante le priváis de todas sus luces; parece que la cabellera de Sansón es en este caso emblema de las pasiones. ¿Es cortada esa cabellera? Sansón no es más que un hombre común. La ausencia total de pasiones, si pudiera existir, produciría en nosotros el embrutecimiento perfecto; cuando menos apasionado se esté, más se aproxima uno a ese término. Las pasiones son, en efecto, el fuego celeste que vivifica al mundo moral; a las pasiones es a quien deben las ciencias y las artes sus descubrimientos y el alma su elevación." (1)

Soy completamente de la opinión de Helvecio. Las pasiones hacen la vida, la verdadera; movida, alegre, sana, fecunda. Sin ellas la humanidad se arrastra miserablemente, en la baja medianía, incapaz de alzar el vuelo. Las épocas más hermosas han sido las más apasionadas; el amor, el odio, el espíritu de independencia y de justicia, el sentimiento de lo bello y lo verdadero, han hecho por sí solos las grandiosas epopeyas.

Ojéese la historia; elíjase en ella un hecho grande, sea el que fuere, generoso, heróico; tómese al azar el nombre de uno de eso hombres que se han señalado por un servicio prestado a la humanidad, que han ilustrado una época, encarnado una ciencia, personificado un arte, y puede darse por cierto, no sólo que a ese hombre lo animó la pasión del arte, de la ciencia, de la humanidad, sino que además el soplo ardiente de aquellas le inspiró sus actos y sus obras.

Es, sin embargo, a ese sol de todas las luces, a ese foco de todos los fuegos, al que la moral social contemporanea denuncia como supremo mal y se dedica a ahogarlo bajo un diluvio de palabras enfáticas y vacías: virtud, deber, honor, conciencia; especie de moneda falsa que nuestro atavismo religioso y las exageraciones espirituales de nuestra educación nos hacen admitir sin comprobar su peso y su valor.

Sé que no persigue abiertamente ese objeto; no tiene esa franqueza; se limita a preconizar una prudente comprensión de los apetitos y las aspiraciones; mas esto no le impide llegar en la práctica a servidumbre tal de instintos y pasiones, que, reducidas las últimas a la peor de las esclavitudes. no tiene fuerza para tomar libre curso.

"El hombre es lo que es; sus pasiones son tan eternas como legítimas; se trata solo de saber emplearlas en su propio bienestar o en el bienestar general." (Fournier)

No desconocen esta verdad los legisladores y moralistas. Pero, ¿cual sería su papel y qué quedaría de los sistemas de opresión económica y política, si se creyera que el hombre puede legítimamente comer cuando tiene hambre, beber cuando tiene sed, trabajar cuando le place, descansar cuando guste, amar cuando le conviene, en una palabra: seguir la inclinación de sus necesidades y sus pasiones; y que todo progreso consiste en establecer un medio social adaptado a este fin, de tal modo que los movimientos de cada cual se armonicen con los de sus semejantes en lugar de combatirlos?

¿No es más cómodo, y sobre todo más ventajoso, moralistas inmorales, mantener en pie los errores del pasado, y decir que, siendo el hombre perezoso naturalmente, el cebo de la propiedad es un estímulo necesario sin el cual permanecería en la miseria más absoluta? ¿No vale más afirmar que la perversidad natural del individuo nesecita gendarmes, tribunales y presidios, sin lo cual se multiplicarían las atrocidades y los crímenes?

No dejáis de advertir que los que trabajan son los que permanecen en la miseria; sabéis perfectamente que todos vuestros sistemas coercitivos y de represión no impiden una mala acción y provocan muchísimas; pero vuestra moral no se preocupa por eso; se encuentra a gusto en el seno de esa organización que confiere a unos cuantos todos los derechos y sugeta a los demás bajo el Deber, porque os contáis en el número de los primeros, y comprendéis que vuestros privilegios deben su existencia solamente al respeto, a la sumisión, a la resignación inconsciente de la multitud.

Y mientras que la moral no tiene razón de ser si no se propone hacer feliz a la humanidad, vosotros la habéis hecho de instrumento por excelencia del dolor universal, de la inmolación sin medida ni freno. Abrid los ojos y contemplad vuestra obra, vosotros los que hacéis oficio el moralizar a vuestros semejantes.

El sér a quien la naturaleza dota de voluntad, de energía, de independencia, de simpatía, de confiado abandono, de impulso, de aspiraciones, de instintos, de pasiones, vosotros os dedicais a despojarlo uno a uno de todos sus atributos e injertáis en él otro ser puramente artificial, pusilámine, bajo, incapaz de pensar alto, de querer virilmente, no viendo en sus semejantes más que enemigos, alterando la verdad sin escrúpulo, insolente con los de abajo, servil con los de arriba, desconfiando de sus aspiraciones, de sus impulsos, sin entusiasmos, sin ardor, sin convicción, un sér en que todas las pasiones, sirviéndome de la pa-

DE INGLATERRA

La desocupación y la quiebra del Capitalismo

La desocupación en Gran Bretaña ha llegado a ser una situación crónica. Las cifras fluctuan de semana a semana, de estación a estación. Tan pronto son algunos cientos de personas inscriptas que trabajan más en una semana, tan pronto menos. Siempre el porcentaje del aumento o de la disminución puede ser consignado solo en cifras decimales. La situación continúa crítica.

"Nosotros podemos vencer la desocupación" gritaban los liberales antes de las elecciones de Mayo.

"Estamos venciendo la desocupación" replicaban los conservadores con asombrosa confianza en la estupidez del electorado.

El partido laborista contestaba con su opúsculo: «El trabajo y la nación», breve descripción del paraiso terrenal, explicando como eliminará la desocupación si se le da el poder. Luego éste pasó a sus manos o por lo menos los cuatro quintos del poder y aún las largas filas siguen ocupando las aceras frente a las bolsas de trabajo.

Los estadísticos realizan notables juegos de manos: unos para demostrar que el gobierno laborista ha logrado alguna mejora, otros para probar lo contrario. Comparando las cifras de 1930 con las de un año atrás, algún adelanto se registra, pero en relación a la magnitud del mal, esta mejora es insignificante P. S. Thomas se defiende, hace equilibrios y sostiene vagas promesas sobre tiempos mejores que vendrán no se sabe cuando; hasta ahora nada práctico se ha hecho en el sentido de disminuir en proporción apreciable la enorme masa de desocupados.

El parlamento arroja la migaja de algunos chelines semanales a los sin trabajo, para que permanezcan quietos en sus largas filas. Cuando más subsidios, más impuestos; cuando más impuestos, mayor costo de la vida, menor valor adquisitivo del dinero y mayor costo de producción; por lo tanto merma de la exportación. Y si disminuye la exportación hay menos trabajo. Este círculo vicioso lo embrolla todo.

El aumento de salario es uno de los remedios socialistas. Entonces aumentará la demanda, lo cual estimulará la producción y habrá ocupación para todos. Pero los precios aumentarán en el mercado interior y nuestros capitalistas habrán de ceder gran parte de su comercio exterior a los competidores extrangeros. Otra vez el círculo vicioso.

Alentar la producción aumentando los impuestos y el costo de producción, es reproducir el mismo estado de cosas.

Entretanto más del 10 % de los que normalmente trabajan no tienen nada que hacer, salvo percibir la limosna del subsidio o tratar de percibirla y escuchar los anuncios acerca del buen tiempo que vendrá.

Agréguese a este 10 por ciento los que "normalmente" no tienen trabajo; agréguese además los centenares de miles de cuyo trabajo podría prescindirse, ese otro trabajo que las tareas inútiles requieren y frente a todo eso hágase que el trabajo sea libre, lo mismo que la tierra, la maquinaria, el transporte y la distribución, de modo que pudieran ser usados sin el permiso del capitalista, del terrateniente, del comerciante, y se supondrá cuanta riqueza podríamos producir y con cuantas horas semanales menos para cada uno. La racionalización se transformaría de una fuente de miseria en posibilidad de inmenso beneficio, favoreciendo la producción y fomentando la comodidad sin privaciones. El capitalismo no resolverá nunca la desocupación en Gran Bretaña, porque se halla en decadencia en este país y la excesiva desocupación es uno de sus síntomas. El gobierno laborista trata de solucionar el problema dentro de los límites del capitalismo y sus esfuerzos en ese sentido están destinados al fracaso.

La desocupación — imposibilidad de trabajar — no es debida a fuerzas naturales. Tenemos abundancia de trabajo y de materiales. El mal se debe a la potencia que impide la producción sino es bajo ciertas condiciones, que son dictadas por el capitalista, el propietario territorial, por el gran comerciante — desgraciada trinidad que se mantiene unida y que unida caerá — Todos ellos sostenidos por el Estado, ya sea que se halle este bajo el control de los conservadores o de los laboristas. Solo podremos librarnos aboliendo aquel poder tiránico: el capitalismo. No hay otro camino.

¿Qué tomará el lugar del capitalismo? Hay ciento y una alternativas posibles, buenas, malas o indiferentes. Cualquiera que sea, y alguna habrá de ser, cuanto antes se presente, mejor. Habrá de estar lista a funcionar antes de la quiebra definitiva del capitalismo.

B. B. W.

Traducido del Freedom Bulletin.

---

labras de Rochefoucauld, "se pierden en el interés como los ríos en el Océano".

En ese perpetuo ¿quién vive? respecto a sus sensaciones, sus ideas, sus sentimientos, sus deseos, ¿quién puede disfrutar la paz del corazón? ¿Quién puede gozar esa dulce y tranquila serenidad que sólo da la calma de la conciencia y que no puede conocer el estado de alma inquieto, agitado, ansioso de nuestra época? Los moralistas tratan a la pasión como a un perro amarrado a la cadena, y el perro muerde, enfurecido por la cadena que le imponen.

Las pasiones son como esos ríos que arrastran sus ondas abundantes y rápidas; es peligroso querer cegar el cauce que se han abierto. Bajo el esfuerzo de las aguas acumuladas, prodúcense grietas; se opera un trabajo lento de disgregación, y cuando con mugidos de tempestad se lleva el río el dique impotente, sus líquidas montañas, inundan la llanura, lo arrebatan todo a su paso, arrastran casas, cosechas, ganados y personas allí donde, libres en su curso natural, hubieran hecho brotar la abundancia y la vida.

Moralistas: los crímenes, las monstruosidades, son el desquite brutal de las pasiones que queréis encauzar y hacéis fatal su terrible desbordamiento. ¡Reflexionad!

Responsabilidad

Una suprema necesidad de borrar todo estigma de gendarme, es el alma de uno de los bellos trabajos que nos legó Malatesta, y esta necesidad refleja hoy más que nunca en el ambiente, que pese a los optimistas reinantes en cerebros de muchos, se cuaja cada día más este pobre elemento militarizado, satélite del capitalismo dominador. El pesquisaje confidente, carnero, traidor y retrógrado vive y se aumenta. Es la callada dictadura que se desenvuelve silenciosamente entre todos, tan característica, que es el propio compañero de pieza, el hermano, el padre o el cabezilla de un movimiento el que en el instante más supremo, vende al más pudiente lo mejor de la obra o de la vida del prójimo.

No entraremos en detalles. Existen y muchos. Con especialidad en los movimientos huelguísticos de la última temporada pudimos constatar en distinta forma la existencia del doble elemento, que es monstruo híbrido de hermano y verdugo, de compañero y traidor. No asusta ni amilana a nadie la existencia de tal elemento. No es la primera oportunidad tampoco que los anarquistas y revolucionarios se sorprenden con la presencia de dobles personalidades; algo peor que esto aun, es la confusa pre-existencia de compañeros inteligentes y activos, que se odian por el solo hecho de no pensar de igual modo. De caer en el abismo pasional de altivez egoista creyendo que el propio criterio es el único merecedor de acatamiento. Aquello se aniquila de un balazo, esto se resucita con tolerancia y reflexión. El vasto campo ideológico abarca todos los criterios, siendo el deseo motriz de todos los anarquistas, la libertad.

¿Habrá necesidad de llevar docu-

mento que acredite la seguridad de ser anarquista? No es suficiente la convicción de serlo?

La idea en sí está por encima de lo que particularmente se forjan los hombres de ella. En el campo de la discusión empecinada y partidista, tienen razón todos; la posee el sindicalista que tras largas demostraciones matemáticas sostiene que una huelga de 20.000 trabajadores bien organizados pueden fácilmente derrocar la altivez de muchos industriales; la posee el federalista convencido en el éxito del surgimiento expontáneo de voluntades firmes al calor de la iniciativa tomada; la posee por último el individualista que hace suya la idea y lucha sin previa discusión, bastándole la certeza de obrar bien. ¿Para qué programas? La filosofía anarquista no lo tiene, ni lo precisa tampoco. Es absurdo creer que miles de obreros ignorantes, eternos esclavos, por el único hecho de pertenecer a una entidad, serán en pocas horas. comunistas, socialistas o anarquistas. Estarán ligados al movimiento por perseguir el fin de mejora económica, pero ¿idealistas? muy lejos. La muerte de un carnero en cualquier campo, estará siempre distante de ser un acto revolucionario, será la venganza de mi hermano hambriento contra el otro también hambriento pero de distinto modo de pensar. Será una tragedia más de las que a diario se desarrolla en el seno de la actualidad materialista, pero la anarquía se ira mucho más allá, vivirá en los cerebros y corazones de hombres libres, hombres buenos y autodidacta. Será la más alta responsabilidad del hombre; ser anarquista sin respaldo.

Gregorio M. Russin
Cárcel de Bahía Blanca

EXTRAVAGANCIAS DE AMBOS

—Tengo un perro extravagante. A tomado la costumbre de ladrarle furiosamente a la luna.

—Sin embargo tu perro a pesar de su extravagancia es más inteligente y más objetivo que los hombres, puesto que dirige sus ladridos, a un objeto visible. En cambio los hombres, hace muchos siglos que imploran con oraciones mudas y a veces a grito pelado, bendicen y maldicen a un ser subjetivo e inexistente, habiendo llegado muchos, no solo a la furia, sino también a la locura.

F. Caminata

El folleto

LA RELIGION Y SUS EXPOTADORES debido a los pedidos que no hemos podido satisfacer por el agotamiento de la primera edición, será reeditado dentro de poco tiempo.

Adelante su pedido.

— La ley de las ocho horas —

ES un hecho constatado infinidad de veces, que la ley, norma sancionada por el Estado, cuando no responde a una pura imposición arbitraria, no es otra que la expresión de un estado de cosas ya existente en la realidad; el reconocimiento tardío de una etapa alcanzada por el progreso de las ideas y el juego de las fuerzas sociales. En el primer caso es dañina, en el segnndo innocua. En ambos inútil.

Para corroborar esta conclusión tenemos la zarandeada ley que establece la jornada máxima de ocho horas en las diversas de la industria, el comercio y el trasporte. Los creyentes en la misión tutelar del Estado, los que confían en salvar de la explotación a los pobres obreros mediante la protección de ese "paternal" organismo, no se cansan de proclamar la magnitud y trascendencia de esa nueva ley, creyendo demostrar con ella la eficacia de la acción legalitaria y la participación en los órganos de gobierno.

Sin embargo, cualquiera que conozca algo del desarrollo de las luchas proletarias, sabe que la conquista de las ocho horas se ha logrado de un modo muy distinto que por una dádiva lesislativa. Durante medio siglo fué esa mejora inmediata bandera de formidables movimientos que han costado innumerables víctimas y un extraordinario gasto de energías por parte de los trabajadores. En lucha directa, a veces en sangrientos cuerpo a cuerpo con los guardianes de la burguesía, es como los trabajadores llegaron a disminuir las terribles jornadas de doce y catorce horas a la menos bárbara de ocho. Desde los caídos de CHICAGO hasta las últimas huelgas que aun tienen lugar, se han invertido esfuerzos preciosos con ese fin, mucho más de lo que ha valido prácticamente el beneficio obtenido.

Después de todo eso las ocho horas, se habían impuesto como una costumbre indiscutible . . . allí donde los patrones no podían menos que acatarla. Cuando los obreros son lo bastante flojos para ceder, se les obliga a trabajar más. Siempre es necesaria la acción directa y conscientе para mantener las mejoras como para conquistarlas. Nunca ha podido suplir la ley la falta de energía en los interesados.

Pero hay otra cosa. Con el adelanto de la técnica, la modernización de la maquinaria, el empleo de nuevos métodos de producción, resultan eliminados una enorme cantidad de brazos, innecesarios para la economía capitalista. Esto agrava la plaga de la desocupación creando para el proletariado una serie de pavorosos problemas: amenaza de perder el trabajo, de ver negadas las mejoras conseguidas, etc. Dentro del mecanismo actual estos problemas no tienen solución, pero como hay una legítima tendencia de buscar algún paliativo inmediato, ha surgido la iniciativa de reducir la jornada de trabajo y ya se ha proclamado la necesidad de imponer la de SEIS HORAS como medio de neutralizar los efectos catastróficos de la desocupación. Será un nuevo motivo de lucha que no dejará de poner en cuestión la existencia misma del sistema burgués.

Así pues, despues de tantas luchas y cuando las condiciones económicas obligan a superar el viejo lema de las ocho horas, cuando se palpa que esta jornada es prácticamente excesiva, es cuando recien viene la ley a consagrarla. Como siempre llega tarde, a la zaga del progreso.

Además, sancionar una ley, no significa que ella se aplique. Como la que establece el trabajo diurno en las panaderías, la que reglamenta el de las mujeres y niños y tantas otras llamadas leyes obreras; será letra muerta en tanto los interesados no tengan capacidad para hacerla cumplir. Una vasta experiencia lo hace prever. Y si aquellos poseen tal capacidad ¿para qué quieren la ley?

Hemos dicho que, en general, las leyes cuando no son dañinas son innocuas. Podríamos, ampliando, sostener que son perniciosas siempre, en cuanto crean el hábito de confiar en poderes extraños para la solución de problemas que requieren el desarrollo de la iniciativa de cada cual y la capacidad de auto gobierno, hábito que mantiene la existencia de organismos parasitarios y burocráticos como son los específicos organismos del Estado.

VIVIMOS EN LA GLORIA

Un día de Carnaval paseaba con dos amigos. A éstos les gustaba como a mí, hablar de cosas importantes, caminando y lejos del bullicio.

Tuvimos sin embargo que acompañar a uno para retirar un objeto de su casa, y nos vimos obligados a cruzar la calle del corso. Este estada en actividad. Al ver tantas luces, el otro exclamó involuntariamente: ¡Qué barbaridad; aqui tantas luces y en mi casa ninguna! ¡Y pensar que en este sitio hay luces eléctricas a millares y en mi casa a veces ni velas tenemos con que alumbrarnos. ¡Después hablan de justicia y de la actual equidad social...

F. Caminata.